

**INDIGENAS Y ROMANOS EN AQUITANIA
A TRAVES DE LA EPIGRAFIA**

Joaquín Gorrochategui

1. El presente trabajo pretende mostrar los datos históricos y lingüísticos disponibles sobre la antigua Aquitania, que nos permitan ilustrar ciertas características de la zona susceptibles de conferirle un carácter marginal dentro del Imperio Romano (1). No estará de más advertir que, aunque se expongan y analicen datos históricos, mi mayor interés se centrará en cuestiones o argumentos de tipo lingüístico.

Esta situación de marginalidad viene dada no sólo por su alejamiento geográfico en relación a los focos importantes de romanización, empezando por la propia Roma, sobre todo en los años de la conquista en época republicana y durante los primeros años del imperio —es sabido que en la Baja Latinidad Burdeos constituyó un importante centro cultural— sino sobre todo en el alejamiento de los modos de vida culturales romanos, materializados en la vida urbana, en el comercio, en la influencia política que tal o cual zona ejercía dentro del imperio (p. ej. por su aportación al orden senatorial, etc.) y otros de este tipo. Los rasgos contemporáneos visibles ahora para nosotros, aparte de la propia información de las fuentes escritas, se reducen a los elementos arqueológicos de diversa índole: existencia de ciudades, ruinas de variada clase y magnitud, como restos de rutas, vías de comunicación y, sobre todo, la presencia de epigrafía latina como exponente más fiel de la extensión y afianzamiento del latín.

La supervivencia en una buena parte de la región aquí estudiada de una lengua prelatina, existente en la zona antes de la conquista y organización romana —a saber, el vascuence en el actual País Vasco francés—, es otro hecho palpable de que el poder romanizador (en este caso, en su vertiente lingüística: latinizador) no se sintió con la misma contundencia que en otras partes del Imperio. Aunque no sea el momento de analizar aquí y ahora las razones de

(1) El presente trabajo fue leído en San Sebastián en el marco de un curso sobre “Romanización y pervivencia de indigenismo en las áreas marginales del Imperio romano” (1985) y completa al dictado en 1984 en este mismo curso sobre la situación lingüística de la zona vasco-navarra en la Antigüedad (Cf. “Historia de las ideas sobre los límites geográficos del vasco antiguo”, *ASJU* (19-2) 1985, págs. 571-594).

* (Universidad del País Vasco/E.H.V.)

(*) Este trabajo ha sido realizado gracias a la *Fundación Alexander von Humboldt Stiftung*.

esta supervivencia, será conveniente señalar que se trata de un caso único en la zona Occidental del Imperio, si exceptuamos el britónico, lengua céltica de Bretaña, que tuvo que soportar una presión romana limitada a unos conocidos márgenes cronológicos (2). En esta ocasión me limitaré al estudio de la epigrafía de Aquitania.

2. **Fuentes.** La epigrafía latina de Aquitania viene recogida en unos cuantos *corpora*, cuyo conocimiento es imprescindible para el que pretenda estudiar cualquier aspecto de la antigüedad en la región. El más importante es, sin duda, el *Corpus Inscriptionum Latinarum* (abreviado *CIL*), cuyo volumen XIII, editado por O. Hirschfeld, está dedicado a las tres Galias (Aquitania, Belgica y Lugdunensis), Berlín, 1896. Existe un suplemento a este vol. XIII, publicado en 1916, donde se recogen las novedades aparecidas entre las dos fechas y correcciones de lecturas debidas a epigrafistas locales.

El *CIL* recoge y resume todo lo publicado y conocido hasta el momento, pero son muy útiles todavía dos monografías decimonónicas:

—J. Sacaze. *Inscriptions antiques des Pyrénées*. Toulouse 1892, con dibujos y calcos de las inscripciones.

—J. F. Bladé. *Epigraphie antique de la Gascogne*, 1880.

Todas las Inscripciones descubiertas entre la publicación del *CIL* y los comienzos de los años 60 vienen recogidas por P. Willeumier, *Inscriptions latines des Trois Gaules*, París, 1963 (abrev. *ILTG*). Con todo es muy aprovechable la lectura de dos monografías de R. Lizop, *Les Comminges et les Couserans avant la domination romaine* y *Les Conuenaes et les Consoranni sous la domination romaine*. Toulouse, 1931, por la información rica sobre la romanización de estas dos importantes *ciuitates* pirenaicas.

Las inscripciones (abrev. *IS*) aparecidas con posterioridad al *ILTG* no están recogidas en ninguna obra de conjunto, y por tanto se hace imprescindible la consulta de las revistas especializadas y los noticieros epigráficos. Entre éstos, destacan la *Revue d'Études Anciennes* (abrev. *REA*) y *Gallia*. Es también útil la consulta de revistas locales, como el *Bul. de la Soc. archéol. du Midi*, el *Bul. de la Soc. ariégeoise des Sciences, Lettres et Arts*, la *Revue de Comminges o Pallas: Annales de l'Univ. Toulouse-le-Mirail*.

3. **Localización.** La primera cuestión reside en saber dónde se documenta esa epigrafía latina, que constituye por sí misma un claro índice de romanización. En el mapa n.º 1 vienen indicadas todas las localidades, en las que ha aparecido como mínimo un epígrafe, indicándose la respectiva densidad de las atestigüaciones mediante círculos cada vez mayores.

Antes de comentar la localización de la epigrafía, será conveniente indicar los límites geográficos de la antigua Aquitania. Esta parte de las Galias, según acepción de César y de Estrabón, comprendía el territorio triangular enmarcado por los montes Pirineos al Sur, el Océano al Oeste y el río Garona en su parte nororiental. Sabemos que más tarde, a partir de Augusto, el término *Aquitania* se aplicó a una zona bastante más extensa que esta originaria, a saber hasta el río Loira, englobando así pueblos propiamente aquitanos y

(2) Unas reflexiones sobre este asunto pueden leerse en Michelena "Romanización y lengua vasca", *Fontes Linguae Vasconum*, 44, 1984, págs. 189-198.

pueblos galos. En el Bajo Imperio, y a raíz de la reforma administrativa de Diocleciano, se mudó otra vez el sentido de los términos y, mientras Aquitania quedó limitada a la zona entre el Garona y el Loira, la primitiva región aquitana fue denominada *Novempopulana* (3). Algunos autores, entre ellos Mommsen, han mantenido la idea de que en el alto Imperio, a pesar de constituir una sola provincia, la Aquitania etnográfica de César y Estrabón había mantenido una cierta autonomía con respecto a los pueblos galos. Existen indicios indirectos para ello. P. ej. Estrabón (IV, 2, 1) cuenta que no tributaban juntos; según reza una IS de Aquilea del año 105 (época de Trajano) se documenta la existencia de un *Procurator provinciarum Lugdunensis et Aquitunicae item Lactorae*; en el 121 se atestigua la figura de C. Iulius Cordus como procurador del censo para los 11 pueblos de Aquitania (entre el Garona y Loira), lo cual indica indirectamente la existencia de otro procurador para los 9 pueblos al Sur del Garona, etc.

Como se puede observar por este mapa y ateniéndonos solo al punto de vista geográfico, se aprecian en la región tres zonas geográficas bien diferenciadas: a) una parte oriental, correspondiente a la cuenca del Garona con todos sus afluentes tributarios, b) otra zona occidental, drenada por el río Adour y c) una tercera zona septentrional y occidental, las Landas, que en época antigua y hasta fechas bastante recientes era una zona pantanosa y muy poco habitada. Estas condiciones naturales y geográficas condicionarán en buena medida las pautas de la romanización, y por ende, de la atestiguación de la epigrafía.

No deja de ser llamativo que la epigrafía se documente casi exclusivamente en la zona oriental de Aquitania, concretamente a lo largo del valle del Garona, tanto en su tramo pirenaico como en el subpirenaico, y en toda la llanura del Gers, mientras que en su parte occidental, es decir en el Béarn, País Vasco, Bigorre, etc. aparecen pocos epígrafes. No puede deberse este hecho tan llamativo a una cuestión de azar, sino antes bien debe ser interpretado como un claro indicio de los diversos grados de romanización alcanzados por ambas zonas de Aquitania.

Existe también una estrecha relación entre atestiguación de epigrafía y localización de las *ciuitates* romanas, lo cual, dado el carácter eminentemente urbano de la epigrafía, como de todo fenómeno escrito, no podía menos de esperarse. La provincia constaba, al menos en una época avanzada, de las siguientes *ciuitates* más o menos importantes (4).

— *Conuennae*, con su capital *Lugdunum* de fundación pompeyana, había pertenecido primeramente a la *Provincia Narbonensis*, pero fue incluida en Aquitania por Augusto, quien le concedió asimismo el derecho latino. Ptol-

(3) Un breve resumen de todo este cambio de significado del término Aquitania puede conseguirse a través de Gorrochategui, *Onomástica indígena de Aquitania*, 1984, págs. 37 y ss.

(4) La delimitación geográfica y cronológica de las *ciuitates* aquitanas ha sido un cometido clásico de la historiografía del XIX y de comienzos del XX. Entre los historiadores más destacados en ello hay que citar a J. F. BLADÉ: "Géographie historique de l'Aquitaine autonome" *Annales de la Faculté des Lettres de Bordeaux*, 1893 (ahora disponemos de una bibliografía de J. F. Bladé gracias a F. Pic en la obra colectiva dedicada al erudito gascón por Centre d'études de la littérature occitane: *Jean François Bladé (1827-1900), Actes du colloque de Léctoure*, réunis par J. Arrouye, Béziers, 1895, págs. 147-190) y F. Lot *Recherches sur la population et la superficie des cités remontat à la période galloromaine: La Novempopulanie*, 1953.

meo la cita ya como colonia. Su territorio comprendía los valles del Neste, de Luchon, el alto valle del Garona y el valle del Salat, así como una parte de la llanura del Gers. En un momento indeterminado, presumiblemente bajo los Antoninos, se escinde para dar lugar a la nueva

— *Ciuitas Consorannorum*, con capital en la actual St-Lizier, que comprendía el valle del Salat.

— *La Ciuitas Auscorum* con su capital *Elimberis*, actual Auch, era considerada por Mela como la más famosa de los aquitanos. En las IS aparece denominada como *colonia*, al tiempo que se atestiguan cargos municipales de gran relieve: *Iluir, flamen, curator ciuium romanorum*, y un *seuir augustalis*. Su territorio bajo Augusto debía comprender una gran extensión, prácticamente casi toda la llanura del Gers, que más tarde se desgajó en otras *ciuitates* como:

— *Elusates*, actual Eauze, se convirtió en ciudad hacia finales del siglo I, a juzgar por la aparición de cargos como *Iluir, quaestor, flamen Romae et Augusti* (CIL 548); posiblemente bajo los Severos recibe el título de *colonia* (CIL 546). Con el tiempo alcanzó importancia hasta convertirse en la metrópolis de la provincia bajoimperial.

— *Lactora*, actual Lectoure, no aparece en fuentes tempranas. La *ciuitas Lactoratium* aparece en una fuente tardía como la *Notitia Galliarum*.

— *Tarbelli*. Constituyen el pueblo más notable de la Aquitania occidental, cuya capital *Aquis Tarbellicis* se sitúa en Dax (vasco Akhize). Tenemos pocas noticias sobre esta zona, a no ser su riqueza en oro, según Estrabón, y la rebelión que protagonizaron, la cual fue sofocada por V. Corvino Mesala (Tibulo, 1, 7, 9). A su territorio debían pertenecer las zonas de Olorón y del Béarn, que más tarde se separaron para formar las:

— *ciuitates Iluro y Bearnum*.

— *La Ciuitas Aturensium*, cuya capital se localiza en Aire-sur-Adour, debía comprender las zonas aledañas al río Adour y estar limitada por los Tarbelos al Oeste y los Auscos al Este.

Comprobamos que gran cantidad de epígrafes, muchos de los cuales pueden datarse en el primer siglo, se concentran en las ciudades importantes de la región: en *Lugdunum Conuenarum* (actual Saint-Bertrand-de-Comminges) y en *Elimberis Auscorum* (actual Auch.). Los documentados en *Lactora* son también numerosos, aunque, por lo general, posteriores: casi todas las IS corresponden a dedicaciones de *taurobolia* fechadas ya sea en el 176 a la salud del emperador Marco, ya sea en 239 y 241 a la salud de Gordiano (5). Las ciudades occidentales de *Aquis Tarbellicis* y de la capital de los *Aturenses* presentan también algunos epígrafes, pero muy poco numerosos en comparación con las ciudades orientales. Sin embargo, la diferencia fundamental entre una zona y otra no radica en el número de IS halladas en las capitales, sino en sus respectivos territorios jurisdiccionales. Si nos atenemos a este criterio, no existe parangón entre las zonas: todo el territorio de los *Conueae* y de los *Conсорanni* está plagado de lugares de hallazgos; también la llanura del Gers, alrededor de Auch, está bien nutrida, mientras que los territorios del Oeste aparecen en el mapa como grandes zonas prácticamente blancas o anepígrafas.

(5) R. Etienne dedicó a esta IS taurobólicas de Lectoure un estudio concreto titulado “La chronologie des autels tauroboliques de Lectoure” *Gascogne gersoise*, 1959, págs. 35-42.

Esto es una clara muestra de que mientras en el Este la romanización había calado en el territorio indígena lo suficiente como para que éstos se sintieran atraídos por los hábitos culturales romanos, entre los que uno muy destacable consistía en la erección de lápidas funerarias y aras votivas escritas, en el Oeste se vivía alejado de este tipo de cuestiones y sin que presumiblemente la capital de la *ciuitas* pasara de ser un lugar de control del territorio y útil medio para su explotación por un puñado de ciudadanos, sin mayor influencia en el contorno.

Si tuviéramos que caracterizar la zona conforme al criterio de marginalidad, tendríamos que circunscribir esta afirmación, en virtud de los datos epigráficos expuestos y de las propias fuentes clásicas, solamente a la parte occidental de Aquitania: los *Tarbelli*, *Aturenses*, *Iluronenses* y *Bigerriones*.

Una vez expuesta y comentada la extensión geográfica y distribución de la epigrafía latina, es hora de tratar sobre su “contenido”. Las IS constituyen sin duda alguna la fuente más directa y fidedigna para estudiar diversos aspectos de la organización administrativa, religiosa, social, etc. de una comunidad. Nos pueden proporcionar datos preciosos para calibrar el grado de romanización de una comunidad, según aparezcan o falten instituciones y magistraturas romanas, como *Iuiri*, *IIIuiri*, *seuiri augustales*, *flamines*, etc. Aunque todo puede depender un poco del azar de los hallazgos, no es de extrañar que la mayor densidad de estos cargos y menciones aparezca en las ciudades de Auch y Saint-Bertrand-de-Comminges, de antigua romanización.

4. **Onomástica.** Mi intención, sin embargo, es ceñirme en esta ocasión al estudio de un aspecto del contenido de las IS: en concreto, de la Onomástica. Como las IS son generalmente de carácter funerario o votivo, es muy frecuente la aparición de los nombres de los muertos, donantes y divinidades. El interés radica en que no todos estos nombres son latinos, sino que se documenta un buen número de nombres No Latinos (incluidos aquí también los griegos), que deben ser considerados como exponente de una población anterior a la dominación romana y no completamente integrada dentro del sistema de vida romano (6). La presencia de estos nombres prelatinos, su distribución geográfica, la coherencia gramatical en la formación de los mismos, etc. se convierten consecuentemente en otros tantos criterios para medir el indigenismo de la zona.

El repertorio de los antropónimos de Aquitania se divide, por tanto, en:

4.1. *Nombres latinos.* Estos constituyen, sin duda, el conjunto más numeroso de los atestiguados, pero ello debe ser considerado como una cosa normal. Aparecen para designar a los ciudadanos romanos, identificables fácilmente por la estructura onomástica de los *tria nomina* pero también se aplican a los libertos y esclavos. En este estrato de población servil, al igual que en otras partes del Imperio, son particularmente frecuentes los nombres griegos. Ahora bien, la gente del País, los indígenas, también llevan en una buena proporción nombres latinos, lo cual es otro síntoma de aculturación más acuciado que el mero hecho de la inscripción de una lápida.

(6) J. UNTERMANN: *Trümmersprachen zwischen Grammatik und Geschichte*. Opladen, 1980 constituye un buen estudio metodológico sobre las áreas onomásticas de Europa occidental.

Pero es interesante observar las proporciones de atestiguación de nombres latinos e indígenas por zonas, para hacerse una idea del diferente impacto de la latinización en áreas distintas. No hay que olvidar que las diferencias apreciadas se limitan a la mitad oriental de Aquitania, la cual debió estar ya bastante más romanizada que la parte occidental. Así, p. ej., si en la ciudad de *Lugdunum* tenemos una ratio de alrededor de 105 nombres latinos por 55 indígenas, en el vecino valle del Neste la proporción se equipara bastante entre los dos grupos: frente a 20 nombres latinos aparecen 18 indígenas. Por otro lado, mientras en Bagnères de Luchon se documentan aproximadamente 35 nombres latinos frente a 3 ó 4 indígenas, en cambio en los circundantes valles pirenaicos de Oueil y Larboust la proporción es de 22 nombres latinos (de los cuales solo 6 corresponden a ciudadanos romanos) frente a 26 indígenas. Esto indica claramente que en esta zona pirenaica, a pesar de tratarse de una región rica en epigrafía, la romanización se dejó sentir fundamentalmente en los centros urbanos y administrativos, caso de *Lugdunum*, que era la capital de la *ciuitas*, o caso de Luchon, que era una afamada estación termal. Los altos, estrechos y apartados valles pirenaicos permanecieron bastante fieles a su tradición onomástica indígena.

Si centramos ahora nuestra atención en la onomástica documentada en las ciudades occidentales, tales como Dax y Aire-sur-Adour, así como en las escasas IS de sus territorios respectivos, observamos que es totalmente latina, sin asomo ni rastro alguno de indigenismo. Este hecho, que a primera vista constituye una flagrante contradicción con el carácter indígena que hemos asignado a la zona a causa de otros parámetros, debe ser entendido, sin embargo, dentro del marco apuntado anteriormente, de forma que la escasez de epigrafía y la falta absoluta de nombres personales indígenas sean dos aspectos complementarios de la misma realidad y no hechos contradictorios. Hay que pensar que la falta de onomástica indígena no radica en que estos indígenas hubieran sido romanizados por completo hasta el grado de perder su lengua originaria y, por ende, el reflejo onomástico de la misma, sino más bien a que la romanización fue precisamente tan poco profunda, que la escritura, o mejor su uso normal, solamente alcanzaba a los ciudadanos romanos y a su personal servil, así como a funcionarios o libertos residentes en la capital.

No solamente tenemos la evidencia histórica de que precisamente en esta zona más occidental de la región se haya conservado hasta nuestros días la lengua vasca, sino que también las propias IS pueden confirmar indirectamente esta suposición, al observar la proporción, sin duda la más elevada de toda Aquitania, de nombres latinos correspondientes a *ciues romani* frente a nombres correspondientes a *pagani*. Por todas estas razones, me parece que la idea sostenida por G. Bähr, *Baskisch und Iberisch* (1948), con algunos argumentos lingüísticos de muy poco peso, según la cual la zona correspondiente del actual País Vasco francés, en concreto los alrededores de *Lapurдум* (de donde con sonorización de la labial intervocálica *Labourd*), había sufrido una romanización completa para ser de nuevo vasconizada en la alta Edad Media por los Vascones hitóricos procedentes de Hispania, carece de toda justificación. Algo muy similar creía Oihenart en el siglo XVII basándose en la existencia de unas cuantas IS y en argumentos *ex silentio*.

No voy a tratar aquí cuestiones estrictamente históricas, como el estudio del asentamiento de determinadas familias terratenientes, relaciones clientelares, fechación de la extensión de la onomástica, p. ej. de libertos imperiales, etc. Trataré una cuestión más lingüística, pero que tiene repercusiones para el tema que nos ocupa, sobre todo de carácter metodológico.

Hemos partido del supuesto de que nombres latinos indican romanización, latinización, etc., en definitiva hacemos una extrapolación del mero nombre llevado por una persona a la lengua que hablaría esa persona. Lo mismo para el caso indígena. Y esto no tiene que ser así necesariamente, aunque tampoco tengamos ningún otro medio para detectar cuál era la situación en realidad. De todos modos, existen indicios indirectos para proyectar cierta luz sobre las relaciones de los nombres con las lenguas en algunos casos privilegiados. La onomástica latina es bastante homogénea en todas partes del imperio, por lo que hay que fijarse en aquellos nombres que representen, tanto por su llamativa abundancia como por una cierta originalidad, un rasgo diferenciable con respecto a otras zonas.

Un estudio de este tipo esta aún por hacer, pero consistiría en hallar nombres latinos de especial frecuencia en zonas concretas y tratar de explicar, si se puede, esa precisa y concreta distribución. Ello sería indicio de que ha habido una asimilación de los nombres indígenas, que en algunos casos conoceremos y en otros no, a los latinos. Existen normalmente dos caminos para este proceso, y lo mejor será ejemplificarlo en cada uno de ellos.

1) Uno consiste en adoptar un nombre que “signifique” lo mismo que el nombre indígena, es decir en una especie de “traducción”: de esta forma podemos pensar que el *cognomen* de un centurión romano *Nigro* (dat.), hijo de un aquitano llamado *Attixsis* (gen.), tiene todo el aspecto de ser una versión latina del frecuente nombre indígena *Belex*, que debe entenderse como “negro”, según correspondencia con el vasco *beltz* “negro”. Por alguna razón que no sabemos, las gentes pirenaicas tenían una marcada preferencia por el color “negro”, *belex*, u “oscuro”, *ilun(n)*, a la hora de denominar personas y divinidades, mientras que, a lo que sabemos, el “blanco” no era especialmente preferido. Es curiosa la coincidencia de que, por otro lado, no haya testimonios de un nombre latino tan normal como *Candidus*, mientras que una de las pocas y seguras divinidades celtas atestiguadas en la región, *Belisama*, deba ser entendida como “la muy brillante”.

2) Otro método consiste en la acomodación externa o de parecido fónico: en Auch se documenta una tal *Laurina*, que gracias a la fortuna de la conservación del nombre indígena de su padre *Laurco*, sobre una base *laur* comparable con el vasco *lau(r)* “cuatro”, puede ser detectada como acomodación al sistema latino. ¿Cuántos otros pueden también serlo, sin que tengamos medios para conocerlo? En este sentido puede citarse la abundancia llamativa del nombre *Mandatus*, que no se documenta en el resto de las Galias a excepción de otro territorio muy alejado de Aquitania, la zona del Rin, como indicio para pensar en un proceso de acomodación de un nombre indígena, que por desgracia no conocemos.

4.2. *Nombres indígenas*. Su mera presencia, con tal de que no se trate de casos aislados, es un claro indicador de mantenimiento de hábitos culturales (y también en buena medida de lenguas) prerromanos. Es sabido que en las

zonas de intensa romanización, p. ej. en la Bética y también en el valle del Ebro y costa oriental hispana, se documentan escasísimos antropónimos indígenas sobre epígrafes latinos imperiales, mientras que su número aumenta considerablemente en cuanto nos adentrarnos en las tierras de la Meseta superior y Lusitania.

En nuestro caso de Aquitania la complicación es palpable, ya que el término indígena no es unívoco, sino que engloba dos tradiciones lingüísticas (y también culturales, etc.) bien distintas: la propiamente *aquitana* y la *gala*. Los criterios para la clasificación son estrictamente lingüísticos y, mientras en numerosos casos uno puede decidirse con seguridad por una lengua u otra, en otras muchas ocasiones, más de las que serían convenientes, la decisión es muy difícil. Como principio general los nombres *aquitanos* pertenecen al grupo lingüístico éuscara o pirenaico, mientras que los *galos*, formados sobre una lengua de tipo indoeuropeo céltico, se extiende por toda Galia y buena parte de Europa oriental, los Balcanes, hasta llegar a Asia (7).

Desde el punto de vista histórico se puede establecer una periodización onomástica, de modo que por argumentos indirectos, especialmente geográficos y lingüísticos, los nombres galos aparezcan como recientes o foráneos frente a la capa anterior aquitana. Para ello nos basamos además de en el testimonio de las fuentes escritas más antiguas (César y Estrabón) en hipótesis generales sobre la indoeuropeización del Occidente Europeo y en concreto de la celtización por los pueblos Galos de las regiones meridionales de Francia. En este sentido son muy valiosos los testimonios escritos, procedentes de la llamada *Narbonensis iberica*, en los que se aprecia a partir del siglo IV-III a. C. la presencia de nombres galos, mientras que hasta esa fecha sólo se atestiguan nombres ibéricos. Su fuerza se amplía progresivamente en los años sucesivos, hasta el punto de que hacen desaparecer los nombres ibéricos, quedando como únicos representantes de la onomástica indígena en época imperial (8).

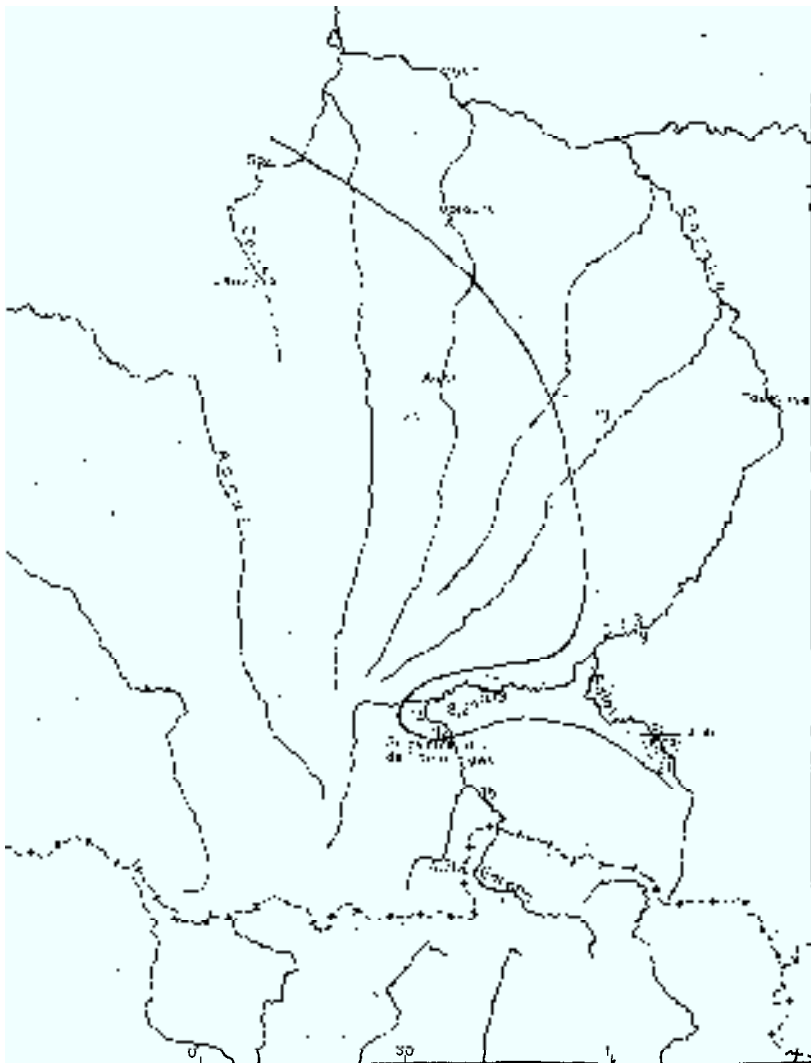
Aunque no tengamos testimonios directos tan antiguos para la Aquitania, es de suponer que la aparición de los Galos en la zona debió coincidir con su presencia en otras regiones meridionales más orientales. Si observamos en un mapa la distribución de los nombres galos, se percibe pronto una especial concentración de los mismos a lo largo de las vías naturales de penetración. Fundamentalmente se atestiguan en:

a) Las márgenes del río Garona hasta la altura de *Lugdunum Conuennarum*, siendo muy escasos a partir de este lugar río arriba, es decir en el tramo propiamente pirenaico del río. Solamente se exceptúa la estación termal de Bagnères de Luchon, en la que se documenta un par de nombres galos, aunque corresponden a personas no originarias de Aquitania.

b) Las márgenes del río Salat, que sirve de vía de penetración a la región de Couserans, más oriental que el valle del Garona.

(7) Un estudio exhaustivo de todos los nombres propios de Aquitania, tanto de los propiamente aquitanos o éscaros como de los de origen galo, se halla en J. GORROCHATAGUI: *Onomástica indígena de Aquitania*, 1984 (Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco).

(8) Ver. J. UNTERMANN: "Lengua ibérica y lengua gala en la Galia Narbonensis", *Archivo de Prehistoria Levantina*, 1963, págs. 99-116.

Antroponimia gala.

MAPA 2. (Escala 1: 1.000.000)

- | | |
|--|--|
| Aconi (<i>CIL</i> 11007), Chiragan, entre Mauran y Palamy (HG). | 13. Litano (<i>CIL</i> 127), Valentine (HG). |
| Camuli (<i>CIL</i> 537), Lectoure (Gers). | 14. Sennacius (<i>CIL</i> 265), Barsous, Tibiran-Jaunac (HP). |
| Casidanni (<i>MSAMidi</i> 1972, pp. 55-61), Saint-Cizy, Cazères (HG). | 15. Sennagi (<i>CIL</i> 178), Pouech. Saint-Gaudens (HG). |
| Cassia (<i>CIL</i> 352), Bagnères de Luchon (HG). | 16. Sintus (<i>ILTG</i> 23), Saint-Béat (HG). |
| Cassilli (<i>CIL</i> 138), Martres Tolosane (HG). | 17. Solimari (<i>BSAriégoise</i> , 1974, pp. 291-5), Saint-Lizier (Ariège). |
| Cintugnati (<i>CIL</i> 11005), Arnesp, Valentine (HG). | 18. Solimuti (<i>CIL</i> 471), Gimont (Gers). |
| Dannoni (<i>CIL</i> 17), Prat (Ariège). | 19. Soliti (<i>MSAMidi</i> , 1972, pp. 55-61), Saint-Cizy. Cazères (HG). |
| Dannonia (<i>CIL</i> 5), Ardèche (HG). | 20. Toma (<i>CIL</i> 352), Bagnères de Luchon (HG). |
| Dannorigis (<i>CIL</i> 5), Saint-Lizier (Ariège). | 21. Trocci (<i>CIL</i> 41), Saint-Girons (Ariège). |
| Donni (<i>CIL</i> 5), Saint-Litier (Ariège). | 22. Vennonius (<i>CIL</i> 122), Ardèche (HG). |
| Donnia (<i>CIL</i> 530), Lectoure (Gers). | 23. Venusius (<i>BSAGers</i> , 1939, pp. 42-6), Monferran-Saves (Gers). |
| Eppamaigi (<i>CIL</i> 11011), Saint-Bertrand de Comminges (HG). | 24. Vinusius (<i>ILTG</i>), Lasséran (Gers). |

c) En la zona más septentrional de la llanura gascona, en los territorios correspondientes a *Lactora* y en parte a los *Ausci*.

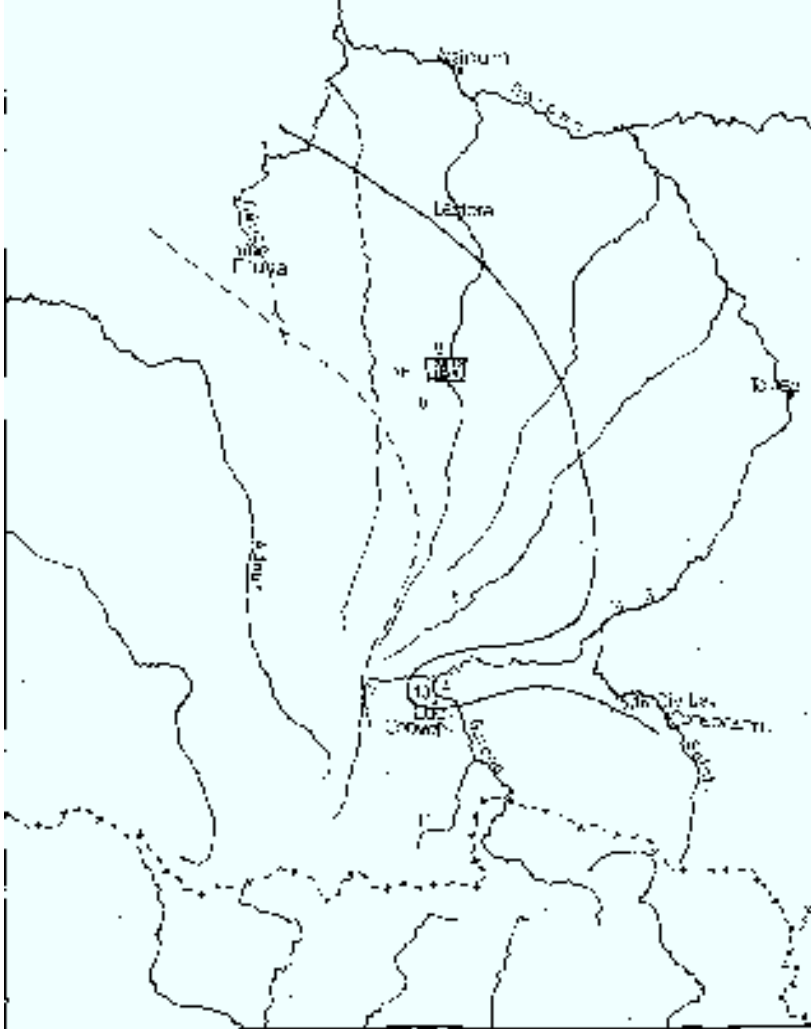
El mapa 2 da cuenta de un fenómeno curioso, consistente en el variado modo en que determinados nombres originariamente galos fueron acomodados a los hábitos articulatorios o incluso morfológicos de la población anterior aquitana. Los nombres tenidos en cuenta poseen, en ocasiones, una buena etimología celta, pero presentan unas características muy especiales, que no pueden explicarse dentro del marco de la lengua gala: así unos presentan una *B* frente a la *V* [w] gala, cf. *Bocontiae* (dat.), otros muestran una *H* (cf. *Dunohorigis*, gen.), allí donde en galo no hay razón para ello, etc. (9). Como puede apreciarse, se documentan en la zona ocupada por nombres galos intachables (mapa 2), aunque la superan en una amplia franja hacia el Oeste, especialmente en la llanura gascona. Esto parece un inicio bastante claro de que la penetración lingüística gala se realizó lentamente a partir de zonas eminentemente galas, como Tolosa, sobre un territorio donde en época imperial se hablaba aún aquitano, a juzgar por estas acomodaciones lingüísticas inexplicables de otro modo.

Resulta bastante difícil saber cuándo se produjo esta penetración y de qué grado fue; según el testimonio de César, el príncipe sotiote que se opone a su lugarteniente se llama *Adiatunnus*, que podríamos clasificar como nombre galo con una cierta acomodación aquitana por su sufijo *-nno*. Las IS halladas en Sos nos presentan para época imperial unos nombres típicamente aquitanos, como *Harbelesteg*, *Adehio*, etc. Con estos datos, podríamos pensar que la penetración no fue exclusivamente territorial, sino también social; no parece ilógico pensar que en algunas zonas de Aquitania, al igual que ocurrió en otras Provincias, la antroponimia gala y céltica resultó atractiva a la población y en especial a las capas socialmente elevadas o aristócratas. Aunque el prestigio de la onomástica gala se vería algo disminuido frente a la competencia romana tras la conquista, la organización provincial imperial por la que se incluían territorios galos y aquitanos en la *Lugdunensis*, la movilidad de personas y de comercio dentro del mundo romano ayudarían sin duda a la expansión paulatina de la onomástica gala bajo el poder romano.

5. Teónimos. Nos queda, por último, fijarnos en otra clase de nombres proporcionados por los epígrafes: los teónimos. Según se aprecia por el mapa 3, la distribución territorial de los teónimos indígenas no coincide exactamente con la de los antropónimos indígenas, sino que en líneas generales se limita más a las zonas montañosas. Si establecemos una comparación entre ambas distribuciones, hallamos las siguientes diferencias:

— Hay escasísimos testimonios de teónimos celtas. Con total seguridad se puede citar solo uno: el epíteto de *Minerua Belisama*, en Saint-Lizier de Couserans, es decir, en la parte más oriental de Aquitania. También puede añadirse, *Carpento* y no es nada seguro, a pesar de diversas propuestas etimológicas, *Sutugio*, *Suhugio*. Los teónimos indígenas se ciñen, por tanto, en su abrumadora mayoría al dominio lingüístico aquitano.

(9) Para una discusión lingüística de estos nombres, ver J. GORROCHATEGUI: "Lengua aquitana y lengua gala en la Aquitania etnográfica" en *Symbolae L. Mitxelena oblatae*, Vitoria, 1985, Instituto de Ciencias de la Antigüedad, págs. 613-628.

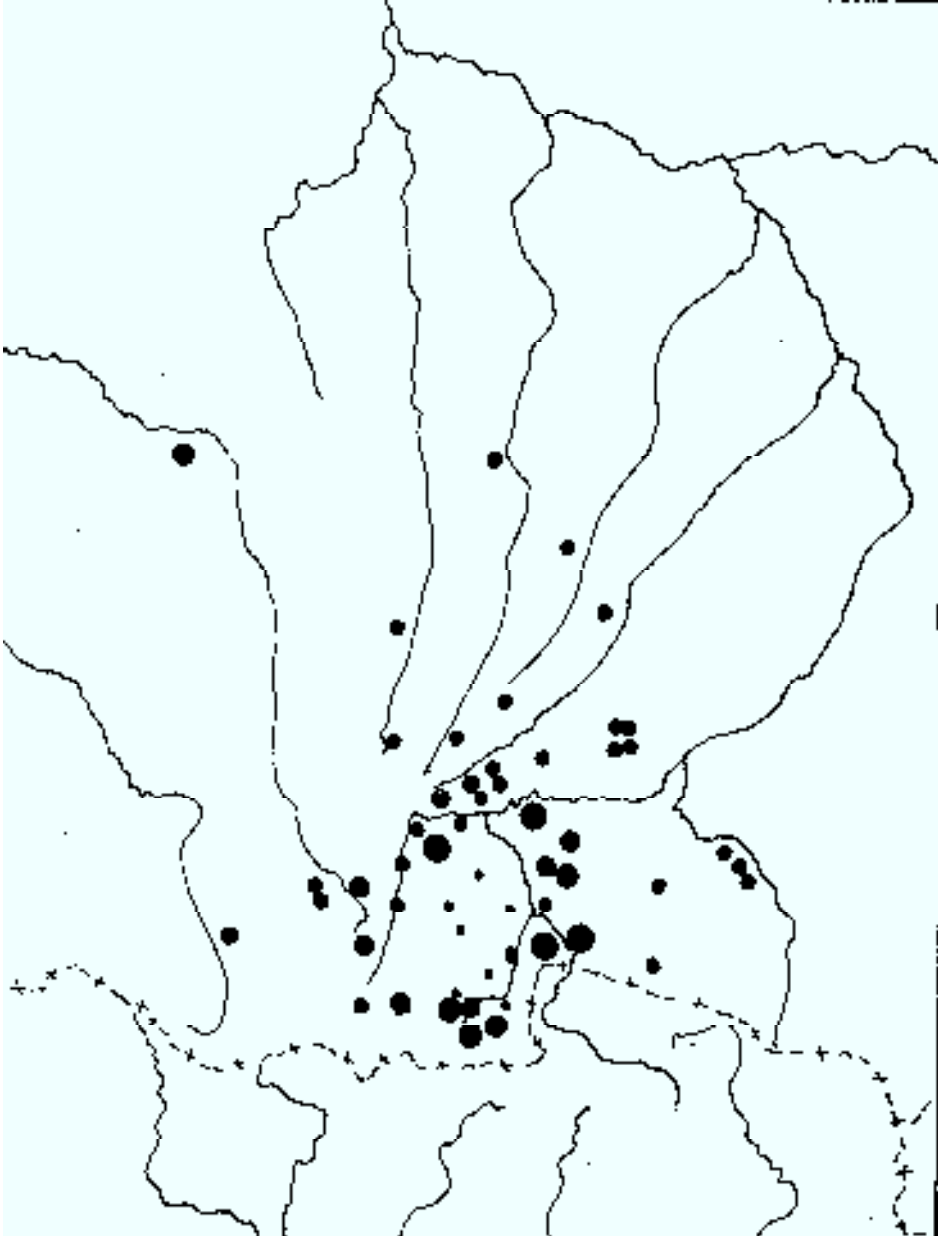
Nombres galos naturalizados al aquitano.

MAPA 3. (Escala 1:1.000.000)

1. Adiatunnus (César, *B.G.* III, 22.2), sotiati, ¿Sos? (Lot-et-Garonne).
2. Attaiorig/ (*CIL* 463), Auch (Gers).
3. Axsedo (*MSAMidi*, 1962, pp. 55-61). Saint-Cizy, Cazères (HG).
4. Belheiorigis (*CIL* 90), Gourdan (HG).
5. Bersegi (*CIL* 456), Auch (Gers).
6. Bocontiae (*CIL* 160). Sarrecave (HG).
7. Britex (*CIL* 192), Montsérié (HP).
8. Cahenna (*ILTG* 136). Lasséran (Gers).
9. Cambuxae (*CIL* 449), Duran (Gen).
10. Condat (*CIL* suppl. 555). Ciotat, Eauze (Gers).
11. Condannossi (*CIL* 324), Caubous-Oueil (HG).
12. Dunai (*CIL* 456), y Dunaio (*CIL* 459), Auch (Gers).
13. Dunohorigis (*CIL* 267), Barsous, Tibiran-Jaunac (HP).
14. Dunohoxsis (*CIL* 138), Mames Tolosane (HG).
15. Dunomagius (*CIL* 17), Prat (Ariège).
16. Illai (*CIL* 477), Nux, Barran (Gers).
17. Matico (*CIL* 475), Auch (Gers).
18. Toutannorigis (*CIL* 17), Prat (Ariège).
19. Toutaronia (*CIL* 459), Auch (Gers).

Teónimos

MAPA 4.



— Los teónimos aquitanos tienden a documentarse en zonas más próximas a los Pirineos, de modo que resulta francamente escasa la nómina de una sola divinidad indígena en Auch (*Alardosto*), donde por contra la documentación de antropónimos aquitanos es notable. Además puede abrigarse la fundada sospecha de que esta divinidad, a juzgar por el área de distribución del resto de sus atestiguaciones, no era originaria de Auch, sino de una zona relativamente constreñida de los Pirineos.

— En cambio existen testimonios en la zona extrema occidental: en Tardets *Heraucorritsehe* (el único nombre indígena atestiguado en el País Vasco), en Aire-sur-Adour *Lelhunno*, frente a la falta total de antropónimos.

Esta distribución parece dar a entender que los teónimos son un exponente más fiel del grado de indigenismo que la onomástica personal. En este sentido no estará de más recordar que Aquitania en su conjunto representa dentro de Europa suroccidental una de las regiones con mayor concentración de teónimos indígenas, al igual que *Lusitania* y *Gallaecia*.

Todos estos criterios, sobre todo epigráficos y onomásticos, nos han servido para mostrar someramente en qué medida la antigua Aquitania era una zona marginal dentro del Imperio y para percibir mejor las diferencias existentes entre las distintas zonas de la propia Aquitania. Estas diferencias han tenido, sin duda alguna, una gran consecuencia en la pérdida de la lengua vasca en la parte oriental de Aquitania y su sustitución por el latín, de donde tenemos históricamente el gascón, mientras que en la parte occidental, ya notablemente marginal en la Antigüedad como hemos intentado demostrar aquí, el vascuence originario se ha mantenido hasta la actualidad.